

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS

ECO IMPARIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.

NÚMERO EXTRAORDINARIO.

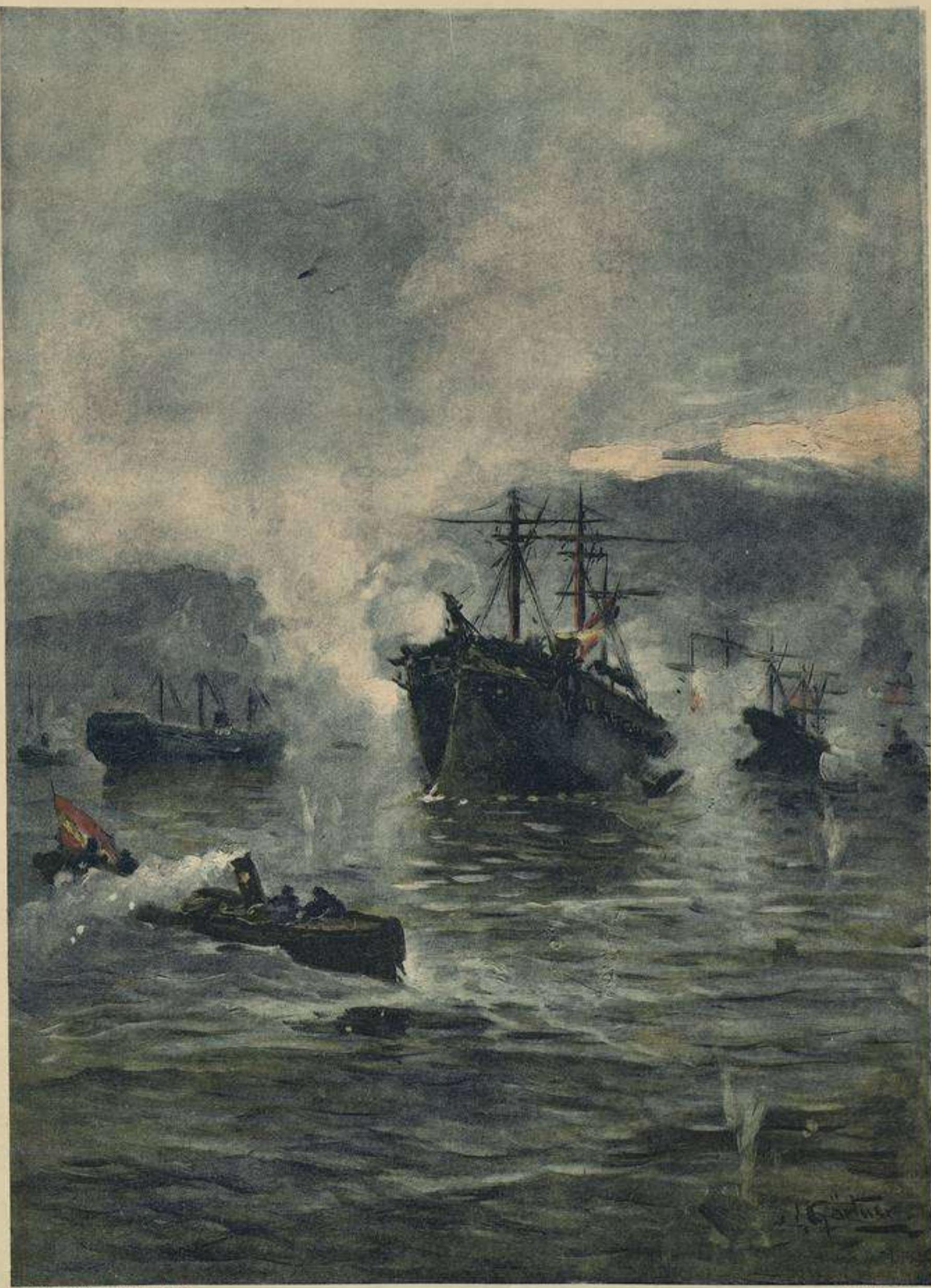
NÚMERO 7º

Madrid Mayo de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.



HONRA SIN BARCOS



CROMOTIPIA - E. PORTABELLA.

ZARAGOZA.

EN EL CALLAO. (1866)



DOS DE MAYO

FRAGMENTOS

La noche era oscura, fría y solitaria; por mi camino encontré tan sólo algunos hombres que corrían desparpionados, y a cada paso lamentos dolorosísimos llegaban a mis oídos. A lo lejos distinguí las pisadas de las patrullas francesas, y de rato en rato un resplandor lejano seguidos de estruendosa detonación. Como se presentaba en mi alma atribulada aquél espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que pueda yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan a manifestar angustia tan grande.

Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allí abajo, en la esquina del palacio de Medinaceli, la rápida luz del fogonazo había iluminado un grupo, mejor dicho, un montón de personas en distintas actitudes colocadas y con diversos trajes vestidos. Tras de la detonación, oyeronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaban al fin en el silencio de la noche. Después algunas voces, hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oían las pisadas de los verdugos, cuya marcha, en dirección al fondo del Prado, era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. A cada rato circulaban pequeños tropelos con gente maniatada, y hacia el Retiro se percibía resplandor muy vivo, como de la hoguera de un vivac.

Sin prestar oídos a las voces de socorro, ni reparar tampoco en el peligro que cerca de allí se corría, me dirigí hacia el Retiro.

En la puerta que se abría al primer patio, me detuvieron los centinelas. Un oficio al acercó a la entrada.

—Señor—exclamé juntando las manos y expresando de la manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba—busco a dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes: los no arrojó a la calle ningún caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado a ningún francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.

El oficial, que no me entendió, hizo un movimiento para echarme hacia fuera; pero yo, sin reparar en consideraciones de ninguna clase, me arrodillé delante de él, y con fuertes gritos protesté aplaudiendo de esta manera:

—Señor oficial, querá usted tan inmediatamente que mande rustiar a dos personas

infocensivas, a una muchacha de diez y seis años y a un infeliz viejo de sesenta? No puede ser. Déjeme usted entrar; yo le diré cuáles son, y usted les mandará poner en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Fusíleme a mí, que disparé muchos tiros contra ustedes en la acción del Parque; pero deje en libertad a la muchacha y al sacerdote. Yo entrare, les sacaremos... Mañana, mañana probaré yo, como esta noche, que son inocentes, y si no resultasen tan inocentes como los ángeles del cielo, fusíleme usted a mí cien veces. Señor oficial, usted es bueno, usted no puede ser un verdugo. Esas cruces que tiene en el pecho las habrá adquirido honrosamente en las grandes batallas que dicen ha ganado el ejército de Napoleón. Un hombre como usted no puede deshonrarse asesinando a mujeres inocentes. Yo no lo creo, aunque me lo digan. Señor oficial, si quieren ustedes vengarse de lo de esta mañana, maten a todos los hombres de Madrid, matennos también a mí; pero no a mí. Usted no tiene hermanitas jóvenes y lindas? Si usted las viere amarradas a un paño, a la luz de una linterna, delante de cuatro soldados con los fusiles en la cara, estarán tan serenos como ahora está! Déjeme entrar; yo le diré quiénes son los que busco, y entre los que haremos esta buena obra que Dios le tendrá en cuenta cuando se muera. El corazón me dice que están aquí... entremos, por Dios y por la Virgen. Usted está aquí en tierra extranjera, y lejos, muy lejos de los suyos. Cuando recibe cartas de su madre o de sus hermanitas, que le rebosa el corazón de alegría, no quiere verlas, no quiere volver allá! Si le dijese que ahora las estaban poniendo un farol en el pecho para fusilarlas...

Instante terrible cuyo recuerdo hielo la sangre en las venas y paraliza el corazón, simulando la muerte. Aunque la muchacha quería compartir nuestra suerte, la tardía compasión de nuestros asesinos nos la quitaba. Ella, durante la breve lucha, dijo algo que he olvidado. Yo también pronuncié palabras de que hoy no puedo darme cuenta. Pero nos la quitaron: recordé la extraña sensación que experimenté al perder el calor de sus manos y de su cara. Yo estaba como loco. Pero la vi claramente cuando se la llevaron, cuando desapareció de entre las filas, arrastrada, sostenida, cargada por Juan de Dios.

Y al ver esto sentí un estruendo horroso, después un rimbombante dentro de la cabeza y un berrido en todo el cuerpo; después un calor intenso, seguido de penetrante frío; después una sensación inexplicable, como si algo rozara por toda mi epidermis; después un vapor dentro del pecho, que subía invadiendo mi cabeza; después una debilidad incomprendible que me hacia el efecto de quedarme sin piernas; después una palpitation vivísima en el corazón; después un súbito detenimiento en el latido de esta viscosa; después la pérdida de toda sensación en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello y en la boca; después la inconsciencia de tener cabeza; la absoluta reconcentración de todo yo en mi pensamiento; después unas como ondulaciones concéntricas en mi cerebro, parecidas a las que forma una piedra cayendo al mar; después un chisporroteo colosal que difundía por espacios mayores que cielo y tierra juntas la imagen de Inés en doscientos mil millones de luces; después oscuridad profunda, misteriosamente asociada a un agudísimo dolor en las sienes; después un largo reposo, una extinción rápida, un olvido creciente e invasor, y por último, nada, absolutamente nada.

(De sus Episodios Nacionales.)

B. PÉREZ GALDÓS.

(De sus Episodios Nacionales.)

UN DATO PARA LA HISTORIA

Ha pasado el mes de abril, con sus aguaceros, ventiscas, granizadas, discursos parlamentarios y demás abusos meteorológicos que no parecen propios de tal mes.

La noticia no es nueva, ya lo sé; pero me hace falta empezar por una noticia vieja que sirviese como de nímera para sacar a paseo, llevándola de la mano, a esta otra noticia:

Hemos entrado en el mes de Mayo. Seguro estoy de que esta segunda noticia tampoco ha cogido de sorpresa a mis lectores.

No importa.

Vengo firmemente resuelto a decir algo nuevo del mes de Mayo, y a fuer de saltimbanqui literario, he querido, para preparar el trae, echar por delante esas dos noticias viejas y desportilladas, con objeto de que el contraste haga resultar más y más la novedad y frescura de las otras noticias que me propongo entregar a la voracidad del público en este artículo.

El mes de Mayo es de todos los meses del año el que mejor suele portarse, dicho sea esto sin herir la susceptibilidad de sus once compañeros; y si alguna vez se demanda enviándoles vientos del Norte y copitos de nieve, tómense en cuenta que lo hace obedeciendo a reminiscencias de su primitivo origen. Ya aclararemos esto más tarde.

Quedé sentado que el mes de Mayo se muestra, por lo general, benigno, suave y cariñoso con los hombres y con los frutos de la tierra.

En esto no hace más que cumplir con un deber de reconocimiento.

Porque, vamos a ver: ¿qué era, allá en tiempos remotos, este señor Mayo, hoy tan rozante, tan orondo, tan asticino, tan bien vestido y perfumado? Pues era (sin meternos en su vida privada) un pobreto, colocado por lastima en el tercer puesto del año (en el que hoy desempeña el señor de Marzo), y en cuyo departamento era objeto de las burlas y de los antemanos del pueblo romano, porque se pasaba la vida soplando, silbando y molestando en la ciudad a matronas, patricios, libertos, esclavos y libertinos, en el campamento a las tropas, y en los campos a los labradores. Eso sí, a pesar de su insignificancia, el señor Mayo tenía mucho éxito en la caza. Siempre andaba zumbando a los poderes públicos, metiéndose por entre las togas de los senadores, soplando ideas de rebelión al oído de la plebe en el monte Aventino, sirviendo de fuele oficioso al bogar de las Vestales, bañando humildemente el Forum y la via Sacra, cegando con el polvo los ojos de los censores y ensuciando de un modo irreverente el pórtico del templo de Júpiter Capitolino, hoy iglesia de Ara Coeli.

En fin, qué era algo discolor, bastante adulador, muy impetuoso, aficionado a hacer ruido, a meterse en todas partes y a mover las veletas pretorianas en todas direcciones.

Con estas cualidades, algunos augures le pronosticaron que llegaría a hacer fortuna, y así fué en efecto.

El mes de Mayo, que, como he dicho, era el tercero del año, tuvo dos ascensos de un golpe y pasó a ser el quinto, en virtud de una disposición dictatorial de Julio César: esto es harto sabido.

Lo que han callado discretamente los historiadores de aquel tiempo, lo que no habrán ustedes leído en ningún libro, lo que nadie, hasta hoy 2 de Mayo de 1894, ha consignado en manuscritos ni impresos, es la razón que tuvo Julio César para adelantar así en su carrera al mes consagrado a Maia, madre de Mercurio.

Yo (perdón por la ismodestia) sé más que los sabios de profesión en lo tocante a este asunto, y como no quería guardar para mí solo este retazo de sabiduría, voy a sacarlo al público, lo cual equivale a sacar los trapos a relucir a Julio César.

Pues verán ustedes que el susodicho emperador se hallaba, una tarde desapacible del tercero mes, medio adolorido por los vapores de una laboriosa digestión, reclinado en el triclinium, després de una succulenta comida.

Dabajá vagar el pensamiento por los deliciosos espacios de sus ideales de glorias y ambiciones, cuando de repente experimentó una sensación extraña. Lo pareció que se trastornaba el mundo, que se apagaba el sol y que el rayo de Júpiter establecía sobre su augusta frente, todavía ofrenda con las rosas de Pessum de que sus esclavos le habían adorado para el festín. Se incorporó sobre salido, regortó con ojos desmesuradamente abiertos los ámbitos de la Injusta ostentación, y exhaló un grito de e-panto... Todos los objetos que se ofrecían a su vista tenían color de sangre!

Acedieron sus siervos, le hicieron beber un cáliz de agua fresca, con unas gotas de vino Falerno (no se conocía entonces la tila) y le tranquilizaron explicándole la causa de aquél raro fenómeno; causa tan vulgar y terrena, que hizo asomar a los labios del César una sonrisa en que se expresaban a la par la satisfacción, la amargura y la vergüenza.

Explicaré brevemente lo ocurrido.

Entre los quince circos con que contaba entonces Roma para solaz de sus moradores... fijaré circos, y en Madrid no tenemos más que una plaza de toros) había uno edificado por Julio César, cuyo nombre llevaba, y que se

extendía desde el manso de Augusto hasta el monte inmediato.

El gran emperador atendía y mimaba a este circo con tanta solicitud como la Diputación provincial de Madrid a nuestro circo taurino, y tenía puestos en él los cinco sentidos.

Ultimamente había hecho venir de las más acreditadas fábricas de Tiro una cantidad inmensa de tela de seda encarnada, y 250 esclavos de ambos sexos habían trabajado durante quince días en confeccionar un toldo gigantesco para cubrir el circo y preservar de los rayos del sol a los espectadores.

El día a que me refiero se hacia la prueba. El gigantesco dosel, impulsado por una serie de gruesas poleas y tornos, que manejaban 60 fornidos africanos bajo la dirección del arquitecto Manlio Rahaui, ascendía lentamente, a pesar de la furia del viento, con gran satisfacción de los invitados al ensayo.

Poco espacio faltaba para llegar al coronamiento del circo, cuando una violentísima ráfaga de viento huracanado, enviada con perversa intención por Mayo, se metió por debajo del toldo, le arrancó de caño, cual si fuera una hoja de *papyrus*, lo volteó por el espacio, haciendo graznar de miedo a los gansos del Capitolio, y por último, lo dejó caer sobre la morada de Julio César, que cedió por completo.

El ruido que produjo y la interrupción de la luz del sol, que al filtrarse por los poros de la tela carmesí tomaba un tinte sanguinolento, fué lo que produjo el terror del César, hasta que se servirumbre le contó la verdad de lo ocurrido.

El emperador fingió conformarse con aquella pesada bruma del mes de Mayo, y dio orden de que se reparasen las averías del toldo y se volviese a colocar en su sitio; pero guardó en el fondo de su corazón un sentimiento de profunda antipatía hacia el insolente mes que le jugó tan mala pasada.

Pensó en destituirlo, pero se opuso el Senado, alegando que el cargo de los meses era inmovil.

Entonces cortó por lozano y reformó el Calendario, lo cual le sirvió de pretexto para quitar al mes de Mayo el mesero tercero, trasladándolo al quinto y posiendo en su lugar a Marzo, que por cierto se ha portado a él de entonces mucho mejor que el trasladado.

Tal es la historia, hasta hoy ignorada, de este cambio de meses. Perdonen ustedes si me he extendido algo en narrativa; pero no se ha querido privar a la posteridad de este curioso acontecimiento.

FERNANDO M. REDONDO.

EL DOS DE MAYO EUROPEO

La fecha que hoy se celebra con patrióticos transportes de entusiasmo y legítimo orgullo, no es sólo una fecha nacional, que cifra y compensa los heroismos españoles en defensa de la independencia; no es sólo una fecha gloriosa en los fastos de la lucha por la libertad, porque en tal día quedó libre la invicta Bilbao del asedio apretado que le ponían las bravas huestes carlistas; no es sólo una fecha memorable en los anales militares por la gloriosa aunque estéril batalla del Callao.

El Dos de Mayo es una fecha europea; es la fecha de la que data en Europa el movimiento democrático profundo; porque el Dos de Mayo de 1808 demostró al mundo que una nación era más capaz de defender su independencia, su autonomía, que un Estado, por formidable que sea, su constitución militar.

Dos años antes de ese día inolvidable, las huestes de Napoleón habían avanzado como leye, arista todo el aparato militar de la Prusia soldadesca de Federico el Grande. Emperadores, reyes, príncipes en Alemania e Italia habían probado impotentes para resistir al empuje de la nación francesa. Dónde quería que esa nación chocó con un Estado, éste quedó hecho pedazos; y Napoleón, en nombre de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, variaba a su capricho de mes en mes el mapa de Europa, sin más trabajo que el que le costaría a un pintor tener de caprichosos manchones el mapa del viejo continente.

Pero el Dos de Mayo de 1808, Napoleón, que había anulado el Estado español, llevándose ó corrompiendo a sus reyes, topo de pronto con la nación española, y surgió una fuerza invencible, con la que el gran nivelador no había contado en sus preciosos cálculos guerreros.

La nación española enseñó a los políticos antinapolitanos de Europa el camino único para vencer al tirano. Siguióla la primera, Austria, con desgraciado éxito, porque allí el Estado no supo competir con la nación; siguió Rusia, con éxito maravilloso, y ella arrastró a la Prusia, que por la voz de Fichte y por la de Stein y la de Scharnhorst pedia con ardor a su soberano que le dejase imitar el noble ejemplo de la nación española.

El principio de la suficiencia de las naciones para conservar y defender su autonomía, el principio que dió al triste definitivamente con el concepto feudal y militar de las monarquías absolutas, lo dió a conocer al mundo el pueblo de Madrid el día Dos de Mayo de 1808, afirmando con su sangre generosa.

Otros pueblos han sacado de ese principio más provecho que nosotros. Al Dos de Mayo, en el que enseñamos a Europa lo que había que hacer para abrir la era de la democracia, le hace falta como complemento otro Dos de Mayo, en el que probemos que también nosotros hemos aprendido a sacar las consecuencias de aquella premisa, como las sacaron pueblos más afortunados.

GENARO ALAS.

FOTOGRAFÍAS DE MAYO

EL DÍA 2

La alborada de este día solemne va descorriendo el telón que oculta la escena en que ha de verificarse la ceremonia cívica.

A lo lejos surge de improviso entre la neblina la arrogante figura de Neptuno, armado de tridente. Poco a poco van dibujándose e iluminándose las siluetas del palacio de Vista Hermosa, los muros del Museo de Pinturas, las casas y hoteles de la subida del Retiro, los árboles del Botánico, y por último, allá en lejanía, con miraje de sombras chispeantes, los contornos del monasterio de San Jerónimo, ostentando en su puerta todos los primeros del arte gótico acumulado en sus ventanas de ojiva, en los arcos atrevidos, en las agujas de encargo, y en las torres tan bien modeladas, tan puntiagudas y finas, que se pierden en las nubes y las rasgan para dejar al descubierto el firmamento claro y difuso del mes de las flores.

Todo está preparado. Se plantaron con anticipación los tradicionales *espárragos*; esparsa plácida sombra el legendario todo de la fiesta del *Corpus*; se renovaron las coronas en el pequeño jardín que rodea el monumento. No falta un detalle. Ni los pliegues de romances e méjicos, describiendo los heroismos de aquella jornada, ni las estampas alegoricas cargadas de almanzarrón, ni las reproducciones del obelisco; mejor o peor ejecutadas por el gremio de confiteros.

La columna gloriosa que descansa sobre los sarcófagos del panteón, y sube con arrogancia hacia el espacio azul, cual si quisieran escribir en el los nombres de aquellos héroes, no permite que las nubes vengan a quitar esplendor a la fiesta, y por eso casi siempre brilla el sol para disipar nostalgias del pasado con alegrías del presente.

De madrugada, los cañones hacen salvas, las campanas repican en todas las parroquias, — con tales ruidos despiertan más temprano que de costumbre los descendientes de aquella generación que compró con sangre su independencia, y a poco todos salen a la calle a celebrar la verdadera fiesta nacional de España.

El día va avanzando. La procesión se pone en marcha; se detiene en la iglesia de San Isidro y baja, por fin, al Prado. En las calles, la atención se reparte por igual entre los recuerdos que la fecha trae a la memoria, las tropas que forman la *carrera*, y las muchachas bonitas que por ver si a su vez consiguen hacerla, pasan por ellas sus deseos y sus trajes de primavera.

A las doce el espectáculo es hermoso. Por todas partes gritos y música; repican las campanas, vuelven a resonar la artillería, la comitiva llega al monumento, un inmenso gentío invade el ancho circuito del Prado; los coches se detienen y se amontonan; las señoritas que los ocupan se ponen en pie para presenciar mejor el desfile; las mujeres del pueblo, subidas en los bancos de piedra, levantan en brazos a sus hijos... A lo lejos resuenan las cornetas, las voces de mando, y sobre el mar de cabezas, que en ocasiones (movido por la curiosidad que despierta el paso de los inválidos) tiene oleadas de galernas, se destacan las vistosas plumas de los cascos de los generales, el reluciente acero de las puntas de las espadas, y las figuras grotescas de los chichuelos, que se encaraman en los árboles para verlo todo sin sufrir pisotones.

Los rayos del sol hacen brillar los dorados de los uniformes, las cruces, las medallas, las bayonetillas; las sombrillas de las mujeres semejan a lo lejos pequeños globos de papel pintado. La expectación es general. La misa de honor se reza a presencia de tan lucido concurso. Un momento después, la ceremonia termina. Queda por las calles la desfilada, lenta e informe de esta población generosa que ha perdonado de corazón los horrores de aquel día, y queda en el Prado el monumento que guarda los recuerdos, solo, triste, silencioso, con sus cipreses, sus estatuas y sus bajo relieve.

Antes de que la luna suba al cielo portadoras del Parque, se cierran las verjas, y hasta que pase un año nadie viene a alterar su aspecto melancólico e impuesto, y sigue siendo, como dijo un escritor famoso, imagen de la muerte en medio del paseo más alegre de Madrid.

LOS ALTARES

En todos los templos se cantan a diario las flores de María. En todos se alza a la izquierda del Evangelio el pequeño altar, que es el espléndido estrado de la soberana de esa poética fiesta.

Cubre a manera de frontal la ancha planicie que le sirve de testero, un primoroso paso de damasco rojo y blanco, con anchos galones dorados. En el centro hay una cruz bordada a realce que queda medio oculta por la cascada de linsísmo encaje con que termina la blanca y almidonada sábana. En los extremos de ésta se destacan sobre el frontal dos amplios lazos azules con borrones de oro.

Sobre la mesa, el atril artístico de plata de ley, tan por extenso re-tregado con polvos y con badanas, que más parece bruñido. Sobre el atril, el abultado misal mostrando por todas partes una infinitud de cintas de mil colores, y a quien dijérase que molesta la presión de sólidos broches y pegan por abrirse.

Más arriba, las gradillas, de insuficiente tamaño para dar cabida a aquel baratillo de candelabros, macetas, ramos de flores artificiales, jarrones y candelabros. Coronándolo todo, la celestial imagen de María, presidiendo la fiesta desde su trono estrellado.

Hay, además, como detalles complementarios del altar de mayo, algunas

arañas de cristalería fina, cuyas velas hacen saltar chispas de la brillante aureola de la Virgen; grandes candelabros de seis brazos en los extremos de la sagrada mesa, artísticas lámparas, Angeles de porcelana y algún Cristo de marfil en los espacios vacantes de las repisas gradillitas.

La iglesia huele a rosas. ¡Cómo no, si en jarrones y floreros, en las gradas, en la mesa del altar y en la tarima que le antecede, la devoción vierte por la mañana a manos llenas flores a granel, dando al pequeño altarcito aspecto de gran jardín!

A la hora de la fiesta el templo se ilumina de fieles; todos las luces se encienden, las cortinas de color violeta se cierran sobre las altas vidrieras para que los rayos del sol poniente no destruyan el efecto de la iluminación.

Entonces seductora la perspectiva del altar. El sacerdote les desde el pulpitón las oraciones de rúbrica; se reza el rosario, y para terminar se entonan en el coro los canticos de alabanza, el *Salve Regina*, que sirve de despedida hasta el día siguiente. El órgano hace sonar la voz celeste de sus registros, que invitan suspiros y lamentos, cantos de amor y fe, sencillos y honestos como la plegaria que en la ancha nave, con los ojos fijos en la Virgen, prorrumpen las almas y dicen los labios de los católicos allí congregados.

Algunas veces son señoritas las encargadas de formar el coro de sacerdotes para cantar la salutación a María, alguna vez también el arpa, la reina de la música, ese instrumento privilegiado que por desgracia ya cayendo tan en desuso, que ya apenas si sirve de pesada cruz a los niños pobres que suben el calvario del arte, acompaña con sus dulces notas, inmensamente poéticas, la cantinela tierna y amorosa de tan sublime fiesta.

La función termina casi de noche. Al salir los concurrentes, la calle se llena del dudo impalpable de incienso y rosas, que se evapora pronto en el ambiente tibio de esas veladas serenas y tranquilas, y acompaña hasta su hogar a los fieles, adhirviéndose fuertemente a sus ropas y tocados.

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

INGRATITUD

CUENTO

CARTA PRIMERA

Angel, alumno de pintura, viene a Madrid a cumplir sus estudios, y cuenta a Marcela, su prometida que vive en Valdecasa, lo que verá el que leye.

— Torminé el arreglo de mi estudio; ya estoy instalado, ya tengo mi nido de artista. Es alegre, porque está lleno de luz. Es risueño, porque encierra todas mis esperanzas, que aunque no crezcan, no se extinguirán; y éllos que apagan la vida, a las vides, más paseos por los bordes del estanque, mirándose en aquellos serenos cristales, se arrimaron a uno de los poyos de la barandilla, y quedaron dormidos, con la cabeza bien acomodada entre el plumaje del pavo y con todo el gracioso empaque natural en tan gentil rincón de aves.

Tengo la suerte de vivir próximo a una iglesia, o de ser vecino de Dios. Su casa y la mia están frente a frente en una misma calle, y tan angosta, que cuando llueve, las campanas de la iglesia arrojan su caudal a la opuesta banda. Mis balcones rivalizan en altura con el campanario, que os de una sensación arquitectónica casi campestre.

Quiero saber lo que veo desde mis balcones. Voy a contártelo, ya que me pides cartas interminables como nuestro cariño, y ya que mi narración ha de tener al interés de lo que descubro secretos mal velados o misterios poco recordados.

La iglesia pertenece a un convento, el convento tiene unas monjas, las monjas un jardín, y de este jardín, por encima de las tapas, que son muy altas, por encima de los tejados, que son muy anchos, descubre un rincón sombrío y triste. Por las líneas de los tejados y de las tapas se ve la figura del jardín, extenso, a juzgar por su perímetro: ricos de flores, a juzgar también por el derroche que de ellas se hace en los altares. Pero en realidad, de su vegetación solo conozco unos cipreses, unos almendros, una vid y unas parasitarias que festonean los muros de aquél retoño.

De la ornamiento descubre la cúpula de un cedro y un estanque de cristalizadas aguas.

Aquel precisamente es la magia de aquél rincón, porque en el estanque se refleja una parte del jardín, que no veo directamente; este amplia los horizontes de mi observatorio y me ofrece el espectáculo de una linea de cíclidas estrechas, cerradas y misteriosas.

Allí deben estar las celdas de la comunidad y un poquito más a la izquierda el refectorio.

Sabes por qué? Porque todos los días desciende hacia aquél sitio una nutrida bandada de gorriones, que suben y bajan, van y vienen, bucean y rebullen del jardín a los tejados, de los tejados al jardín, con migotes de pan en los picos y con una cigarra tan ruidosa y desatinada, que más a las claras denuncia el regocijo de sus estómagos. Todos estos pájaros anidan en las grietas y descomunadas de las paredes del jardín. Andan muy mastos estas manitas de invierno, pliando lastimeramente de tejado en tejado; pero apenas dan las doce, convergen en su vuelo hacia aquella parte y turban el reposo solemnísimo de estos lugares con sus explosiones de alegría.

Otra cosa he observado, y es que en el campanario nida un milano. Apenas amanece, sale de su guarida, tiende en el espacio sus fuertes alas, con hermosos reflejos azules, y se alza. Vuelve cuando empieza el crepúsculo; se mete silenciosamente en un agujero, y allí descansa las fatigas de un día consumado a hurtos y rapinas.

No sé si los hiedres del jardín se habrán percatado de la existencia de tan peligroso vecino; pero allí en una guardilla lejana descubre un palomar, donde reina la confianza más completa. Algunas palomas sueltas llegan hasta la torre de la iglesia... casi a la misma boca del lobo.

El templo y el jardín, la fuente y los pájaros, entreteníanme mucho los ojos de mi retiro.

Es la única nota poética que ofrece este laberinto inseparable de tejados. Las campanas soñan recordarme las de Valdecasa, porque aquí es Madrid, con tanto ruído y tanto movimiento, se oyen poco, y cuando se mísica llega a mis oídos, parece traerme ecos gratos de la vida del pueblo.

Los pájaros con sus cantos, el jardín con sus arbustos, la fuente del estanque con su rumor lejano, completan esta impresión dulcísima, y me figura próximo a tu huerta y proximo a tí, y no ya inmediato a la felicidad de verte, sino en plena posesión de ella.

Junio 18.

CARTA SEGUNDA

Han pasado cuatro meses. Marcela pide noticias sobre el jar, de las montañas, y Angel relata una escena que la hizo triste.

— ¿Qué cómo está el jardín? Poco variará los almendros exuberantes de flores; los cipreses más esponjosos y más flexibles; la vid cubierta de brotes nuevos; las parásitas de los muros luciendo por miradas florecillas de todos matizos. Abril ha cruzado por este rincón, dejando huella de flores y rastro de perfumes. Pero debió pasar ineludible y lloroso, y el jardín continúa tan sombrío como en invierno.

Hace unos días cruzaron por aquí dos palomas con rumbo a la guardilla que ya conoces. Poco debían venir cansadas y sedientas, porque refrescaron su vuelo, giraron en anchos círculos sobre la iglesia y descedieron a posarse sobre el estanque, de cuya lancha bobearon hasta quedar quietas. La frescura de las aguas, la quietud del sitio, la placidez del ambiente convivían, sin duda, al desenlace; y ello fue que apuraron la vida que destruyeron ya cayendo tan en desuso, que ya apenas si sirve de pesada cruz a los niños pobres que suben el calvario del arte. Y es modesto, porque la soledad es fechora para el arte. Y es modesto, porque es mío.

Tengo la suerte de vivir próximo a una iglesia, o de ser vecino de Dios. Su casa y la mia están frente a frente en una misma calle, y tan angosta, que cuando llueve, las campanas de la iglesia arrojan su caudal a la opuesta banda. Mis balcones rivalizan en altura con el campanario, que os de una sensación arquitectónica casi campestre.

Quiero saber lo que veo desde mis balcones.

Voy a contártelo, ya que me pides cartas interminables como nuestro cariño,

Junio 18.

que aunque no crezcan, no se extinguirán; y éllos que apagan la vida, a las vides, más paseos por los bordes del estanque, mirándose en aquéllos cristales y los alientos.

En esto cruzó sobre el jardín una banda de palomas, ligeras, bulliciosas, felices, surcando con estriego el espacio al capricho de sus alas. Los aires parecían regocijarse a su paso. La paloma blanca miró hacia arriba.

Había salido el sol, entraba de Heso la mañana; el cielo se engalanaba con el más hermoso de sus maestros acordes, la cima de las tapas del jardín se coronaban con el reflejo de un rayo de sol. Sobre aquella linea dorada surgía fascinante y soberbia la región de la luz, de la alegría, del bullicio, y de allí para abajo estaba la región de la sombra, de la melancolía, del silencio. Volvió de nuevo el bullicioso bando a pasar rozando las campanas, y entonces la paloma del jardín no pudo mas... tendió sus alas; giro en torno de la religiosa, primero muy cerca, después en mas amplio y separados círculos, y por último, salvando el recinto del jardín, dirigiéndose rápidamente en pos de sus hermanas, que alla bajó, contándose sus giros y evoluciones.

La religiosa no hizo nada por detenerla: sonriendo miraba alejarse, y cuando estuvo a la altura de la torre y faltaba poco para perderla de vista, la envió con la mano un cariñoso saludo, que equivalía a un adiós de eterna despedida. ¡Ah! y la perdida fugitiva se ha vuelto un solo día a visitar su jardín, sombrío a su salvadora y a su enferma.

— ¡Qué ingratitude! ¡Verdad!

Junio 18.

gusta. Esta la ofreció su mano para que dieran, y allí continuaban las caricias y los alientos.

En esto cruzó sobre el jardín una banda de palomas, ligeras, bulliciosas, felices, surcando con estriego el espacio al capricho de sus alas. Los aires parecían regocijarse a su paso. La paloma blanca miró hacia arriba.

Había salido el sol, entraba de Heso la mañana; el cielo se engalanaba con el más hermoso de sus maestros acordes, la cima de las tapas del jardín se coronaban con el reflejo de un rayo de sol. Sobre aquella linea dorada surgía fascinante y soberbia la región de la luz, de la alegría, del bullicio, y de allí para abajo estaba la región de la sombra, de la melancolía, del silencio. Volvió de nuevo el bullicioso bando a pasar rozando las campanas, y entonces la paloma del jardín no pudo mas... tendió sus alas; giro en torno de la religiosa, primero muy cerca, después en mas amplio y separados círculos, y por último, salvando el recinto del jardín, dirigiéndose rápidamente en pos de sus hermanas, que alla bajó, contándose sus giros y evoluciones.

La religiosa no hizo nada por detenerla: sonriendo miraba alejarse, y cuando estuvo a la altura de la torre y faltaba poco para perderla de vista, la envió con la mano un cariñoso saludo, que equivalía a un adiós de eterna despedida. ¡Ah! y la perdida fugitiva se ha vuelto un solo día a visitar su jardín, sombrío a su salvadora y a su enferma.

Junio 18.

— ¡Qué ingratitude! ¡Verdad!

Por la copia de estos papeles viejos.

Marcela para asilar contra unas piedras su pico acordado y corvo.

El grito de la monja sirvió hacia el rincón, cito a muchas de sus compañeras de claustro, que habían come si fueran personas... y aquellas risas, jajaja, jajaja, cuando me dice cosas así, que las dice mejor que un señor cura... y ya sabe si se pone delante de un toro como yo que se pone delante de su cordón. Hasta José Luis es un mozo de los buenos, y no ese Sebastián, el chico de la Nicotera, todo encogido y arrimándose, todo seco y verdeo, flaco y repusivo, con la moquita pingüe, y con manitas distorsas de las orejas... No; yo que soy yo, primero me meto en un convento por una especie de sueño, que examine con sembrado estabilizado que por un patio recién nacido.

Pase señora, sucedió que como el padre de José Luis era vaquero, tuvo que conducir una torreta desde la doblez de Barrantes a los prados de Valdespino, siempre vestidos de camiseta, gracias a las caricias del río Guadarrama. Después el vaquero que su hijo no acompañó, y el real maestro, a modo de despedida, habló así a su galanísima novia:

— Dijo Rosalía, que como hombre de diablo y de verbenas y de catedrales, si a mano viene...

— ... que si hablo contigo es con bocanida y con el efecto de casarse contigo, y demás; por eso; yo ahora voy a los prados de Valdespino, y yo me presento al mayordomo del señor dueño y le digo que me coja ya que dame de hijo en la doblez y ganar unas buenas dímaras como el que sea, Rosalía; porque yo cuando tenga dinero y demás, vengo por ti y me case más pronto que la vienía. Y si con Sebastián, que parece una mata parida, dice algo repetirte a ti, Rosalía, lo cojo y lo arranco las aspas que tengo metidas en el peñón curvado. Y no digo más porque me muero de ganas de ver a la señora la señora como el turismo en el horizonte encendido.

Y se acercó que como el padre de José Luis era un mozo de los buenos,



LOS GRANDES ALMACENES DE LA ISLA DE CUBA

18, MONTERA, 18.

n las más altas novedades en vestidos, sombreros, abrigos y trajes.

SOMBREROS, ABIGIOS Y TRAJES
PARA SEÑORAS, CABALLEROS Y NIÑOS.

10



ESTIMOS MODELOS CREADOS PARA LOS ALMACENES DE LA ISLA DE CUBA.

Madrid pueee vender en las mejores condiciones para el comprador. Nuestros surtidos son inmensos en todos los artículos y lo mismo pueden comprarse las prendas para vestir que cuanto hay de utilidad para las casas.

Una visita a estos Almacenes es la mejor prueba para con-

muestras y Catálogos ilustrados á todas la
España.

